

Teología de las vocaciones

Amedeo Cencini*

Sumario

Más que de la Teología de las vocaciones, que también de paso va brotando, el conferencista del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones hace una amplia explicación sobre la cultura de las vocaciones y la cultura vocacional; la teología se ubica en la cultura.

El autor hace una introducción sobre lo que es una mentalidad, una sensibilidad y una praxis y estilo de vida -que son elementos constitutivos de cultura- para llenarlos luego de contenidos vocacionales.

A la mentalidad vocacional la llama teología vocacional, a la sensibilidad vocacional la llama espiritualidad vocacional y a la praxis, que estudiará en la exposición siguiente, la llama pedagogía vocacional.

* Sacerdote canosiano, licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Salesiana y doctor en Psicología de la Universidad Gregoriana. Docente de pastoral vocacional en la Universidad Salesiana. Consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. El presente artículo corresponde a la primera conferencia que el autor presentó en el II Congreso Continental Latinoamericano realizado en Costa Rica del 30 de enero al 5 de febrero de 2011. cencini@canossiani.it.



Palabras clave: Teología, cultura, cultura vocacional, mentalidad, sensibilidad, praxis.

Theology of vocations

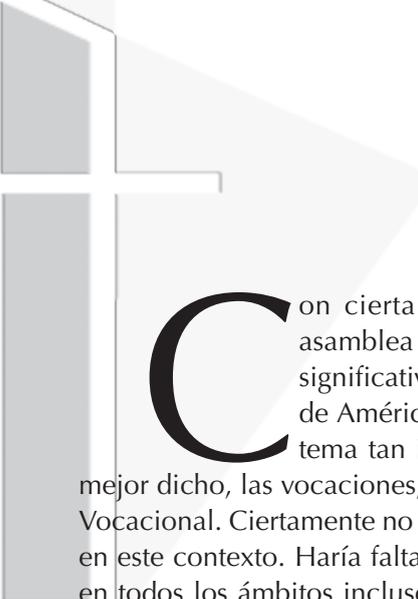
Abstract

More than Theology of vocations which at the same time is emerging, the lecturer of the Second Latin American Continental Congress On Vocations makes an extensive explanation on the culture of vocations and vocational culture. Theology is within the culture.

The author makes an introduction on what are a mindset, sensitivity and praxis, as well as a lifestyle, which are elements that constitute the culture in order to give them vocational contents.

He calls vocational mindset as a vocational theology; vocational sensibility as spirituality, and praxis as a vocational pedagogy, that will be the issue in the following presentation.

Key words: Theology, culture, vocational culture, mindset, sensibility, praxis.



Con cierta emoción, tomo la palabra ante una asamblea tan cualificada y en un momento tan significativo de la vida de la Iglesia y de las Iglesias de América Latina y el Caribe, para hablar de un tema tan importante y vital como la vocación o, mejor dicho, las vocaciones, en este Segundo Congreso Continental Vocacional. Ciertamente no soy la persona más indicada para hablar en este contexto. Haría falta un hijo de esta Iglesia tan viva y vivaz en todos los ámbitos incluso el aspecto vocacional. Por otra parte, nosotros los europeos hemos mirado siempre, y miramos todavía hoy, con gran admiración e interés a la Iglesia de América latina y Caribe y a su identidad específica como Iglesia del “continente de la esperanza”. Para ser más concretos, a lo largo de las últimas décadas se han alternado varios modos de mirar hacia esta Iglesia y hacia esta región. No hace mucho tiempo, sobre todo nosotros, los italianos, veníamos a los distintos países de América Latina en busca de trabajo y considerábamos esta tierra como una tierra bendita, en la cual había un lugar y un trabajo para todos, una tierra hospitalaria y acogedora, una tierra con una vocación específica a la acogida. Más tarde, América Latina llegó a ser la tierra del primer anuncio del Evangelio, y muchos fueron los misioneros que cruzaron el océano motivados por este anuncio, que encontró un terreno fecundísimo, con una especial vocación *a la escucha y a la obediencia* al Evangelio.

Hoy día, América Latina es tierra de grandes esperanzas y promesas para la Iglesia, una tierra donde -con respecto a las Iglesias de antigua cristianidad del viejo continente- la Iglesia es joven y dinámica, donde la fe está todavía viva y fresca y donde aún los jóvenes responden con generosidad a la llamada vocacional, incluso cuando se les pide que hagan el viaje de vuelta de los primeros misioneros, volviendo a cruzar el océano (ahora en sentido contrario), para transmitir la fe que recibieron y sostener a la Iglesia en otras partes del mundo.



Es bonito leer la historia de la Iglesia desde un punto de vista global y en su totalidad, al margen de perspectivas demasiado particulares y unidas a las vicisitudes de cada comunidad. Tal perspectiva nos permitirá -entre otras cosas- ver la marcha vocacional de forma realista, como un fenómeno que es diferente en cada parte del mundo y de la Iglesia, y que no sigue un *trend* único y homogéneo; en efecto, cuando hay crisis en una parte, no la hay necesariamente en otra. Y, por tanto, no tiene mucho sentido -para aquellos que viven la situación de crisis- llorar y desesperarse, más bien deben ver con esperanza y optimismo a los países que tienen un buen nivel vocacional. Esta perspectiva aquí también tiene un significado, en el interior de esta enorme y heterogénea realidad que es América Latina, en la cual la marcha vocacional en las diferentes Iglesias no parece uniforme, sino que se caracteriza por una evolución tan diversa como "*las manchas del leopardo*". Esto es lo que deduzco del contacto directo que en estos años he tenido la oportunidad y la gracia de tener con algunas realidades diferentes de las Iglesias latinoamericanas (Chile, Argentina, Brasil, Uruguay, Colombia, Perú, México, Panamá, Costa Rica...).

Por otra parte, debemos tener cuidado de no cometer siempre los mismos pecados: el de definir la marcha, la evolución vocacional, con base en los números, y el de considerar crítica la situación de aquellas Iglesias en las cuales tales números son bajos. Lamentablemente, éste parece ser un pecado inevitable, que seguiremos cometiendo -más o menos a escondidas- también en este Congreso.

El Congreso nos propone ahora una reflexión con un fondo doctrinal: la teología de las vocaciones.

Es justo, por lo demás, que al inicio de un encuentro como el nuestro haya una ponencia de carácter teórico y que de este modo se aclaren convenientemente los elementos teológicos fundamentales, los cuales determinan toda la arquitectura del discurso. Esto es lo que intentaré hacer, aunque no soy teólogo y, sobre todo, aunque tengo la sensación -o, me parece, tenemos la sensación- de que hoy la realidad más importante es la de la *cultura de las vocaciones*, la *cultura vocacional*. Es ésta la realidad sobre la que debemos trabajar más, la más rica y amplia, y en la cual encuentra su lugar natural, como en una realidad más fundamental, una teología de las vocaciones. De otro modo, el

discurso sobre la teología, aunque sea *theologically correct*, corre el riesgo de nacer cojo y débil, sin puntos de referencia esenciales y vitales.

Por tanto me gustaría partir de aquí, para insertar posteriormente en este contexto más amplio y natural, la reflexión propiamente teológica.

Partiremos de una consideración sobre el significado de la cultura y del “hacer cultura” en general, para definir después, con más precisión, el significado de cultura de la vocación y descubrir, en sus elementos constitutivos, cuál es la tarea de la teología de la vocación y de las vocaciones.

1. Cultura

Tratemos de comprender bien el sentido de esta expresión, que ciertamente nos resulta muy familiar, ya que probablemente tenemos una idea muy “cultural”, es decir, intelectual, abstracta e incluso un poco sofisticada y elitista del concepto de “cultura”. Además frecuentemente tendemos a considerar la cultura como un hecho particular e individual del llamado “hombre de cultura”.

En realidad, cultura es el modo y el estilo de vida de una comunidad específica, y deriva de un modo de interpretar la vida y las diversas experiencias de la vida¹. Es más, la cultura es un producto de la interacción humana. Nosotros creamos cultura y la interpretamos, nos nutrimos de ella y nos encargamos de transmitirla (convirtiéndola en “tradición”). Ahora mismo, por ejemplo, nosotros estamos creando cultura, con una interacción colectiva en la cual el simple hecho de reunirse para escuchar y participar de diferentes formas, se torna un agente significativo. En este proceso de crear cultura manifestamos de dónde venimos, o sea esa fe que es como el punto de encuentro común para todos nosotros, la cultura de base ya suficientemente definida, y que se enriquece ahora de algo nuevo, que incluso podría crecer aún más en estos días y convertirse cada vez más en una “cultura vocacional”, precisa, coherente, unida a la vida, a nuestra persona y a las comunidades de las que venimos y a las cuales volveremos.

¹ Así piensa Williams, cit. in M.Cometa, Cultural studies. Una introduzione, Milano 2004, p.20.



Se puede, por tanto, hablar de cultura “de algo”, o hablar de cultura como de un valor considerado importante (por ejemplo, una cultura de la responsabilidad, o de la libertad, o del ambiente, o del respeto hacia los demás...) y que, al mismo tiempo y con las propias fuerzas, se pretende promover, construir, poner en el centro de la atención general, implicando la acción de todos. Cultura, en este caso, ya no es sólo un hecho genérico cognitivo, ni simplemente un interés o una competencia, sino que significa al mismo tiempo conocimiento, interés privado y, sobre todo, *implicación personal e interpersonal para construir algo en lo que se cree y de lo cual todos están convencidos y que se convierte en patrimonio de todos.*

En este sentido queremos hablar de “cultura de la vocación y de las vocaciones” o, más simplemente, de cultura vocacional.

A partir de esta especificación, vamos a ver a continuación más de cerca el término “cultura” desde el punto de vista del elemento constitutivo. ¿Cuáles son los componentes de una cultura que nos permiten, por ejemplo, decir que estamos construyendo verdaderamente una cultura de la responsabilidad? Para centrarnos en nosotros y en el tema que nos ocupa, ¿es suficiente aclarar bien los contenidos teológicos para decir que en la Iglesia hay una cultura vocacional? O, lo que es lo mismo, ¿es la teología el único componente de la cultura vocacional o existen otros? Es importante que nos lo preguntemos porque, si no lo hacemos, damos por descontado lo que no es, o corremos el riesgo de construir la armazón vocacional sobre bases poco sólidas que nos impedirán llevar a cabo la construcción del edificio vocacional, arriesgándonos a ser ineficaces en nuestro anuncio y en nuestro compromiso vocacional. Si no construimos una auténtica cultura vocacional, nuestra propuesta será mal recibida y poco acogida en su valor. Estará como suspendida en el vacío.

Yo creo que los componentes de la cultura vocacional son tres, que indico a continuación: *mentalidad* (componente intelectual), *sensibilidad* (componente afectivo) y *praxis* (componente comportamental). Hay que decir que no existe una separación rígida entre estos elementos constitutivos, en general podemos colocar la teología vocacional en el primer elemento (e implícitamente en el segundo). Vamos entonces a abordar cada uno de estos componentes, primero en general, y después desde el punto de vista de la cultura vocacional.



1.1. *Mentalidad*

Antes que nada, la cultura, cualquier cultura, está formada por un conjunto teórico de datos y nociones que ilustran el sentido y el valor objetivo de aquello de lo que se pretende construir cultura, y que crean convicciones intelectuales sobre el mismo tema en quienes se adhieren a ella. El acercamiento del individuo es, sobre todo, de tipo *intelectual-cognitivo*, y la cultura, vista en este nivel, corresponde a la teoría, una teoría que convence y que determina una *mentalidad correspondiente* tanto en la colectividad como en los individuos. La cultura, en este sentido, es el *ethos* de un pueblo o la *conciencia* de una colectividad. Algo que cimienta su identidad. Algo que cada vez más llega a ser la forma y el estilo de vida de una comunidad². Este es el momento en el que tal conjunto ético-verdadero se convierte en un sistema y puede convertirse en tradición, expresión y síntesis de la identidad de un grupo; o se convierte en identidad, no necesariamente verbalizada, sino implícita y sumergida, identidad que los ancianos transmitirán a los más jóvenes como algo valioso que no se puede perder en el pasaje generacional³.

Por ejemplo, si se quiere construir una “cultura de la vocación”, en esta primera fase será necesario definir el contenido de la llamada -su objetivo-, para pasar después al sentido de ésta como calificador de la relación entre Dios (el que llama) y el hombre (el llamado), indicando las razones profundas que hacen que cada persona sea el llamado y a la vez *el llamador* de otros y entrever, aunque sea implícitamente, las modalidades. Finalmente, será necesario mostrar las consecuencias positivas para todos y para el clima eclesial de una cultura de la vocación, que justamente por esto se convierte en parte de la fe del pueblo creyente.

² Es siempre la idea de Williams, cit. in M. Cometa, *Cultural studies*, 20.

³ Clifford James Greetz (1926-2006) considera la cultura como “un sistema de significados y concepciones expresadas de forma simbólica y transmitidas históricamente por medio de las cuales las personas comunican, desarrollan/explican su conocimiento y su postura hacia la vida”.



1.2. *Sensibilidad*

Cultura también quiere decir el paso del individuo del valor objetivo al subjetivo y, por tanto, a la convicción personal de la bondad de la cosa en cuestión no sólo en general, sino también para la propia persona, para su realización, para su libertad y felicidad. En esta fase el acercamiento es fundamentalmente de tipo *experimental-global* e implica la totalidad del individuo, consiste en el paso del conocimiento teórico a la experiencia práctica e individualizadora. En este sentido la cultura crea una *sensibilidad* correspondiente en el individuo. Como *tradicción* que es no se limita a un dato que se transmite y se copia, sino que se convierte en algo que es necesario motivar continuamente, y que adquiere valor y se enriquece gracias a la creatividad de los individuos.

En nuestro caso, si se trata de promover una cultura de la vocación, será necesario no sólo verificar en qué medida cierta mentalidad se ha convertido en patrimonio y convicción general, sino también en qué medida el creyente, cada creyente en la Iglesia, se siente llamado cada día de su vida, en qué medida es él mismo *llamador*, o mediador del Dios que llama, y cómo se percibe todo esto como parte esencial del ser creyente más que como una actitud facultativa y virtuosa.

1.3. *Praxis (estilo de vida)*

Finalmente, cultura significa expresión de *modalidades concretas de actuación* del discurso teórico. En este nivel, la aproximación es de tipo *existencial-metodológico* y busca que la mentalidad y la sensibilidad se traduzcan en gestos consecuentes y en vida vivida. En este sentido cultura significa *praxis* o *forma de vida* habitual. Aquí concurren el grupo y el individuo, la institución y el sentido de responsabilidad individual, en una operación que debe ser armónica y complementaria. Para mantener viva una *tradicción* que ya no es sólo dato teórico o vaga recomendación del comportamiento débilmente motivada (“siempre se ha hecho así”), sino que es atención a un valor que se encarna cada vez más en gestos que lo expresan con claridad y recorridos de probada eficacia. Tradición, por tanto, que es necesario renovar.

De nuevo, si el objetivo es crear una “cultura de la vocación” será indispensable individualizar caminos pastorales que traduzcan la teoría de la vocación en pastoral concreta, en pedagogía de la fe, en caminos que todos pueden transitar, para que cada uno viva según el proyecto que el Padre ha pensado para él.

Se puede afirmar que se está construyendo una cultura cuando están presentes tres aspectos: la mentalidad general, la sensibilidad subjetiva y la praxis operativa del grupo y de los individuos.

Lo anterior, naturalmente, se aplica también a una realidad como la vocación y a todo lo que gira alrededor de este aspecto tan central y estratégica para la vida de la Iglesia, como lo es la animación y la pastoral de las vocaciones.

Podemos resumir lo dicho hasta ahora con el siguiente esquema:

Tabla 1: Elementos constitutivos del concepto de cultura

Contenidos (cultura en sí como...)	Tipo de acercamiento	En el nivel del grupo	En el nivel del individuo
Conjunto de verdades convincentes objetivamente	Intelectual-cognitivo	Tradición que hay que transmitir	Mentalidad
Conjunto de verdades convincentes objetivamente y subjetivamente	Experiencial-global	Tradición que hay que volver a motivar	Sensibilidad
Conjunto de verdades convincentes objetivamente, subjetivamente y traducibles en método y forma de vida	Existencial-metodológico	Tradición que hay que renovar	Praxis-forma de vida

Tratemos de ver ahora, concretamente, cómo se puede definir y articular una verdadera cultura de la vocación.



2. Cultura vocacional

Sustancialmente, vamos ahora a considerar de nuevo esos tres elementos para “llenarlos” de sentido o de contenido (o de cultura) vocacional y encontrar de este modo la justa posición y el justo papel de la teología de la vocación, considerada en sí misma y en relación con otros acercamientos a la realidad de la vocación misma. Podemos, para orientar la escucha y la comprensión, anticipar una correspondencia que me parece especialmente iluminadora y eficaz: *a la mentalidad vocacional le corresponde la teología vocacional; a la sensibilidad vocacional le corresponde la espiritualidad vocacional y a la praxis vocacional le corresponde la pedagogía (o pastoral) vocacional.*

2.1. Mentalidad vocacional (Teología vocacional)

En este apartado deberíamos concentrar la rica producción teológica sobre el tema de la vocación de estas últimas décadas. Es indudable que la crisis vocacional ha determinado una reflexión que se ha revelado providencial y luminosa. Tan sólo hago referencia a los puntos que considero centrales, sin tener alguna pretensión de decirlo todo.

a. Imagen de Dios, el Eternamente “Llamador”

Cabe iniciar diciendo que la vocación no habla primeramente de la persona llamada, de nosotros, sino que la vocación cristiana habla primero de Dios, y nos revela un aspecto fundamental de la identidad divina. El nuestro es un Dios-que-llama, y que llama porque ama. Él no podría evitar llamar (o ll-amar), porque en Él llamar es voz del verbo amar y llama para manifestar su amor, para manifestar su cuidado y preocupación (los celos bíblicos) por la persona llamada como si fuera única para Él. Dios sólo sabe contar hasta uno. La vocación es en sí misma signo del amor de Dios por el hombre, independientemente de su contenido. El Dios-que-llama es un Dios interesado en la vida y en la felicidad del hombre, ya que sabe que el hombre será feliz sólo si realiza hasta el fondo el proyecto divino. Proyecto pensado por un Dios *extravertido* que desea compartir y compartirse, por la Santísima Trinidad que quiere amar y dejarse amar, por el Misterio bueno que quiere revelar y revelarse. La vocación, como algo que no podemos



descubrir de una vez por todas, nos hace comprender que Dios, el Autor de la vocación, es misterio. Misterio porque no podemos comprenderlo, tampoco a Dios, de una vez por todas. Esto ocurre porque en Dios hay demasiada luz, una luz que los ojos humanos no pueden soportar o contemplar directamente. Pero es un misterio bueno y amigo, cordial y tierno, porque quiere revelarse, darse a conocer, hacerse ver y oír, por esto continuamente nos envía mensajes (la vocación es uno de ellos, uno de los más importantes), nos llama constantemente. El enigma, por el contrario, no se puede comprender porque está lleno de tinieblas, es enemigo y hostil, no quiere revelarse ni hacerse ver ni oír, no entra en contacto con nosotros y no nos permite contacto alguno, es metálico y frío, impenetrable y oscuro, y no llama a nadie. Por supuesto, no podemos dar por descontado que nuestra relación con Dios sea siempre una relación con el Dios-misterio. Claro que el llamado, el auténtico llamado (el que descubre continuamente el *pequeño misterio* de su llamada), debería permanecer siempre en actitud contemplativa y de infinita confianza frente al *gran misterio* de Dios.

Además de lo anterior, la vocación es ante todo revelación de Dios porque en cada llamado Dios expresa un aspecto particular de su identidad. Dios nos llama a ser como él, cada uno según la gracia recibida o según un proyecto que manifiesta en el mundo el rostro del Eterno. La vocación habla mucho más de Dios, e incluso antes, que del futuro del hombre o de su simple autorrealización humana. Es también por este motivo exquisitamente teológico que las llamadas son tantas y que no podemos reducir las vocaciones a una única vocación.

b. Contenido (y objetivo) de la llamada

Si Dios llama porque ama, “el hombre viene a la vida porque es amado, pensado y querido por una Voluntad buena que lo ha preferido a la no existencia, que lo ha amado aún antes de que existiese, que lo ha conocido antes de formarlo en el vientre materno, consagrado antes de que naciese a la luz (cf Ger 1,5; Is 49, 1.5; Gal 1,15)”⁴. La

⁴ OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS. Nuevas vocaciones para una nueva Europa. Documento final del congreso europeo sobre las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada en Europa (mayo 5-10 : 1997). Ciudad del Vaticano: Editorial Vaticana, 1997, no.16. En adelante el documento se citará NVNE y el número correspondiente.



llamada del Padre es, por tanto, a la *vida*, es una llamada dirigida a todos los “vivientes”, que son tales no sólo porque son llamados a la vida por el Viviente, sino porque son llamados a ser semejantes a la imagen del Hijo, a su vida y a su manera de vivir, el Viviente por excelencia (o el Primogénito entre los resucitados) por obra del Espíritu Santo. En esta semejanza se esconde una llamada a la *santidad* que se dirige a todos, como sumo bien, como alta cualidad –la más alta de la vida para el ser humano, que encierra en sí todo lo que éste podría desear o aspirar: el amor, el don de sí mismo, la felicidad, la plena realización de su persona... *Nadie puede dar al hombre lo que sólo Dios le puede dar*. Al mismo tiempo, la llamada que viene de Dios es una llamada única-individual-irrepetible que llega hasta el individuo, hecha específicamente para él y hecha a su medida; es el sueño del Padre sobre aquel hijo suyo, es el nombre que Dios le ha dado y que se ha escrito en la palma de su mano, Palabra dicha una sola vez y nunca más repetida.

c. *Entre creación y redención*

La vocación del hombre, por tanto, es un proyecto pensado por Dios, el Dios Creador y Redentor. En su primera acepción (creación) la vocación representa la realización del plan original, o de aquel pensamiento “primitivo” –si podemos llamarlo así- según el cual el Padre Creador ha creado cada criatura imprimiendo en ella un rasgo de su propia imagen y semejanza (según lo que se ha dicho ya en el punto precedente). En la segunda acepción (redención) la vocación es una llamada que el Padre Redentor dirige al hombre salvado por la sangre del Hijo, para que no sólo acoja la salvación que el Hijo ha obtenido, sino para que elija *colaborar activamente en el designio de salvación*, con una participación responsable y en beneficio de todos, a imagen y por la gracia de aquel que ha dado su vida para la salvación de toda la humanidad. Creación y Redención son las dos polaridades teológicas del misterio de la vocación: una más estática y contemplativa, la otra más dinámica y activa; la primera se refiere al ser humano en sí, la segunda al ser humano en relación.

La teología actual parece reflexionar cada vez más sobre este segundo aspecto de la vocación, que tal vez indica una dimensión inexplorada de la identidad del llamado. Con esto quiero decir una



cosa muy importante: que la vocación cristiana no se da en ningún momento exclusivamente en función del individuo y de sus economías espirituales y ni siquiera de su particular salvación y santidad, sino que tiene como objetivo *encargarse de los demás, sentirse responsable de la salvación de los otros* –como hizo el Hijo-, y hacerse vehículo de la voz que sigue llamando para que los otros la acojan y respondan. Tampoco la vocación puede ser entendida en su misterio como simple autorrealización de sí, sería algo que no tiene sentido desde el punto de vista teológico. Si es verdad que nadie puede darle al hombre lo que sólo Dios le puede dar, es verdad también que nadie puede pedirle al hombre lo que sólo Dios le puede pedir: entrar activamente en el drama de la redención. Pero nada como la vocación cristiana tiene el poder de transformar al hombre en adulto y extravertido, interesado en la vía y en la salvación del otro, ¡como Dios!

En este sentido la vocación es el punto más alto de una auténtica teología, como reflexión humana sobre Dios. Ya que indicaría hasta que punto Dios ha hecho al hombre semejante a sí mismo, hasta el punto de hacerlo agente de salvación, capaz de dar la salvación, por gracia, claro.

En este sentido, hay al mismo tiempo una semejanza y una diferencia en las distintas vocaciones; todas están al servicio de la salvación, pero cada una de forma especial. Todas tienen la misma dignidad y se califican por el tipo de participación en el drama de la redención. Pero todas son igualmente *dramáticas*. Por lo tanto podemos decir que no se da un descubrimiento vocacional en una pastoral del analgésico o de lo estético, estilo pastoral que parece haber olvidado la “gracia a caro precio”, totalmente concentrada en la individualidad del sujeto⁵.

⁵ “Hay, realmente, una pastoral de los sacramentos que termina por reducirse a la lógica del ‘usa y bota’, con la desconcertante desproporción entre la superproducción (ritual) de los bienes de salvación, y la experiencia efectiva de salvación. Cuantas misas, oraciones, ritos, sacramentos... son multiplicados y derramados simplemente encima del individuo, sin que estimulen alguna conciencia misionera; cuanta gracia, palabra de Dios y bienes espirituales son “secuestrados” por los creyentes individuales –impenitentes individualistas-; cuanta mentalidad según la cual ser cristiano significa observar (ciertos preceptos), no cometer (transgresiones), celebrar (cultos)... para uno mismo; qué poco somos capaces de difundir la idea de que quien es salvado por la cruz de Cristo, debe hacerse operador de la salvación, de acuerdo con un proyecto de vida específico y responsable. Qué poco damos credibilidad a la idea de que ser amados por Dios no es sólo el hecho de asegurarse



d. *El primado de Dios y la obediencia del llamado*

Si la llamada es acción de Dios, la llamada es también aquello que se impone en la vida del ser humano, como la primera palabra pronunciada sobre ella, como aquello a lo cual todos deben *obediencia*. En efecto, con un acto de obediencia, aunque totalmente implícito, inició la vida de todos nosotros. Obediencia con la cual aceptamos también muchas condiciones unidas a la vida que se nos daba: padres que no elegimos, un cuerpo con precisas características y recursos, una determinada tipificación sexual, un temperamento, un cierto tipo de capacidades, de inteligencia, de aptitudes innatas que no establecimos nosotros. Todo esto representa no lo mejor, sino nuestro yo y parte de su misterio. Tuvimos una infancia, una educación, unos maestros que tal vez no eran los mejores en aquel momento y, probablemente, recibimos mucho cariño. Pero también conocimos enseguida problemas y dificultades, situaciones imperfectas y determinadas por el límite humano y, a veces, experimentamos el desamor. ¿Qué quiero decir? Que, en efecto, no existe ningún derecho a la vida perfecta, a padres y familias perfectas, a educadores, amigos, escuelas perfectas y a comunidades, institutos, superiores, obispos, iglesia, mediaciones varias perfectas (sería una pretensión diabólica). Sin embargo, todo ello –con sus límites– forma parte de nuestra historia, de nuestro misterio escondido con Cristo en Dios, de nuestra vocación –deberíamos decir única, singular e irrepetible–, como don en el tiempo y a partir del cual, y no de otros proyectos imaginarios, el Eterno hace a cada uno de nosotros una propuesta de amor y de salvación, para sí mismo y para los demás. La vocación está aquí, para cada uno de nosotros, no en otro lugar, No es ni más bonita ni más fea que la de los otros, sino aquella que ha sido pensada y proyectada por Dios en mi inconfundible historia, así como hizo con su Hijo, nacido de María, para manifestar al mundo su amor de Padre, Creador y Redentor. En ese proyecto se esconde nuestro nombre y a ese proyecto todos los creyentes deben obediencia, ya que así lo pensó el Padre que nos amó, eligió, enriqueció con dones

la salvación, sino que quiere decir ser asumidos por él -no importa si es como obrero o dirigente, si es a la primera o a la última hora-, para participar responsablemente en la obra de la redención, cada uno con una particular misión por realizar, tan personal que si uno no la cumple, quedará el vacío" (CENCINI, A. *Llamados para ser enviados. Toda vocación es misión*. Bogotá: 2009, pp.82-84).



y nos quiso vivientes. Al margen de este plan sólo existe la presunción desobediente y orgullosa, maldita y maldiciente del “hombre sin vocación”⁶, triste punto de llegada de una evolución antropológica que se ha alejado progresivamente del Dios que llama, hasta el punto que ya no oye su voz. Y si Dios no lo llama, nadie lo llama. Y si nadie lo llama ¿qué sentido tiene su vida?

e. *Vocación, punto de encuentro entre Dios y el hombre*

Concluiré este intento de síntesis teológica con una observación: en la vocación, y a través de ella, se produce un *contacto entre Dios y el hombre*. Resulta difícil no evocar la escena de la creación en la capilla Sixtina, aquel contacto entre la mano creativa de Dios y la mano del hombre, *como el inicio de un diálogo destinado a no terminar*, incluso en el caso en que el llamado eligiera no acoger la invitación. También en ese caso Dios sigue llamando –no cabe duda hasta la llamada final, la de la muerte, la más decisiva y dramática de las llamadas. El hombre se constituye en su libertad justamente porque se coloca ante el Dios que lo llama y se libera por ello. De hecho, en la llamada hay un encuentro entre dos libertades: la libertad perfecta de Dios y la libertad imperfecta del hombre, que puede crecer y perfeccionarse en la medida en que el llamado acepta la propuesta del Llamador.

En cualquier caso, en la vocación *Dios “conoce” al hombre y el hombre conoce a Dios*; siente su atención sobre sí, descubre la preocupación por su persona, se siente amado de forma absolutamente personal y, de alguna forma, se siente importante para Dios y ante Él. Precisamente estando ante Él se conoce y se descubre también a sí mismo, sus propios recursos y posibilidades; pero también sus miedos y resistencias, hecho que a veces lo hace escapar de Dios, luchar contra Él. Esto no sólo en el momento de su vida en el que le parece oír una cierta propuesta, sino en cada instante de la vida, ya que no sólo Dios llama siempre –como ya hemos visto–, sino que cualquier situación existencial para el creyente llega a ser y es vocación. Por ejemplo: orar es sentirse llamado y percibir siempre más clara la voz que llama para hacer brotar en la oración la respuesta; vivir una rela-

⁶ NVNE, 11c.



ción es percibir en el otro una mediación que me conduce a Dios y a través de la cual Dios me habla; afrontar acontecimientos negativos (una enfermedad, un accidente, una injusticia...) es acoger, al margen de todo, la voz de quien en todo y a través de cualquier circunstancia me puede hablar; hablar a los otros quiere decir transmitir una palabra, una voz que antes ha llegado hasta mí en mi mundo interior; amar significa haber gozado del amor de Dios y sentirse llamado a transmitirlo. En fin, el evento de la llamada es algo totalizador. Es esto lo que define toda la vida y le da un sentido, un sentido teológico. ¡La vida es vocación! Ya que la formación es permanente, también la vocación es permanente: “cada vocación es matutina”⁷.

Hasta aquí la teoría vocacional. Ahora se presenta una pregunta fundamental: ¿podemos decir que existe en la Iglesia una teología de este tipo, no sólo en las aulas universitarias pontificias o en los cursos para animadores vocacionales, sino también en la catequesis ordinaria, en la pastoral cotidiana, hasta convertirse en una mentalidad universal y compartida por todos? Está claro que si no existe esta mentalidad no puede existir ninguna animación vocacional correspondiente, unitaria y sólidamente construida, y, por tanto, no tenemos ningún derecho a lamentarnos de la crisis vocacional. Si existen visiones contrastantes o contradictorias es claro que se resentirá el mensaje vocacional que llega a toda la comunidad creyente.

2.2. Sensibilidad vocacional (Espiritualidad vocacional)

A partir de esta reflexión teológica podemos y debemos, creo, dar un ulterior paso hacia la creación de una cultura de la vocación, es decir, pasar de la mentalidad a la *sensibilidad* vocacional, del plano de los principios intelectuales al de una implicación más global y general de la persona, de lo que es verdadero y válido para todos a ese valor que el individuo siente importante y central para él, de la teología a la espiritualidad.

Es un paso decisivo y no siempre suficientemente comprendido y recomendado y, mucho menos, practicado por el individuo. Se produce así, en la pastoral vocacional, una cierta inmovilidad, tal vez

⁷ NVNE, 26 b.



porque muchas veces no está claro ni siquiera el primer nivel, el que hemos denominado de la mentalidad y, por tanto, se corre el riesgo de no partir nunca, o de detenerse al inicio del camino. Nos contentamos con hablar y hablar de animación vocacional en nuestros encuentros, congresos, capítulos, asambleas, reglas de vida... En realidad, si no se desencadena una implicación más global del individuo (el segundo nivel), el riesgo es el de crear una cultura que no sirve para la vida, lejana de las fatigas cotidianas, abstracta y vaga. En cambio, experimentando sobre sí mismo y sobre su vocación, el individuo se apropia de los contenidos culturales, reconoce su verdad, los personaliza y goza de ellos, haciendo su vida más verdadera y hermosa.

Veamos, entonces, algunos de los rasgos de esa espiritualidad vocacional que debería nacer de una sensibilidad correspondiente, a su vez unida a una mentalidad vocacional. Los veremos en relación con los puntos indicados de la teología vocacional.

a. Principio general: de la teo-logía, la teo-fanía a la teo-patía

Podemos adoptar el siguiente principio general: *la teología de las vocaciones -o la mentalidad vocacional- se convierte en espiritualidad de la vocación -o sensibilidad vocacional- en la medida en que aquello que es creído como teológicamente verdadero, no sólo es creído por la mente, sino rezado, amado, celebrado, vivido, sufrido, gozado, compartido, anunciado...* En otras palabras: lo que es creído cumple todo el itinerario de los dinamismos personales (psicológicos y espirituales) típicos de la fe. Por tanto es también objeto de oración, es rezado y contemplado, celebrado en la liturgia y con la comunidad orante, es amado y reconocido como verdadero y es fuente de la propia identidad, es sufrido hasta dar la vida y gozado como lo que te hace bienaventurado, es compartido y anunciado, en definitiva se transforma siempre más en realidad de la vida y en la propia vida (es mi "yo"). Es exactamente en esta dirección donde tiene que orientarse y operar el animador vocacional inteligente. Esta sería la auténtica pro-vocación vocacional. Es también el paso de la teo-logía a la teo-fanía y a la teo-patía (vocacional). La teopatía busca este objetivo, la sensibilidad-espiritualidad vocacional. En concreto: participar activamente y responsablemente de la redención y de su drama. Somos al cráter del volcán.



Veamos ahora cómo dar este triple paso:

b. *Espiritualidad como relación (teo-logía)*

Aclaremos en este punto el significado del término “espiritualidad”. Muy a menudo éste se confunde con algo teórico, abstracto, vago, indefinido, pasivo, poco relacionado con la realidad y con la realidad de cada persona, a veces tan subjetivo que resulta extraño y, en último caso, algo tan particular que no puede ser comunicado y que resulta indescriptible. No obstante, esto es exactamente lo contrario de lo que “espiritualidad” quiere decir. La palabra, derivada de Espíritu (no es un gran descubrimiento), quiere decir exactamente aquello que hace el Espíritu de Dios al interior de la Trinidad, o sea, la relación. Hombre o mujer espiritual es aquel o aquella que vive toda relación a partir de la relación central de su vida -la que tiene con Dios- y de ella hace derivar todo lo demás. Pero cuidado: relación no significa simbiosis, o confusión de los límites personales, sino distinta realización del yo y del tú, gracias a la relación. Relación significa, entonces, el máximo de la intimidad y también el máximo de la alteridad (diversidad).

Si la relación con Dios quiere decir, como acabamos de ver, experiencia del Dios-que-llama, la conclusión es inevitable: la espiritualidad cristiana es una *espiritualidad esencialmente relacional-vocacional*. Es como si dijéramos que la auténtica espiritualidad es la que nos pone en contacto con la voz de Dios, que es una voz diferente de la mía, de mis sentimientos, gustos y deseos. Creceremos en espiritualidad cuando reconozcamos esta voz y la distingamos de otras (incluida la nuestra), cuando no hagamos decir a Dios lo que queramos y, sobre todo, cuando nos adaptamos a su proyecto y lo obedecemos libremente, incluso si éste no coincide con el nuestro. La animación vocacional, desde este punto de vista, camina por la vía de la auténtica experiencia de Dios, la cual –cuando es auténtica- se convierte sobre todo en la experiencia que *Dios hace de nosotros* a través de la prueba, como nos cuentan las Sagradas Escrituras⁸ y supone, por tanto, la disponibilidad interior para vivir tan intensamente

⁸ Según mi parecer, una de las más luminosas intuiciones de Von Balthasar es la de leer en la Biblia y en el hombre bíblico no la experiencia que el hombre mismo hace de Dios, sino la experiencia que Dios hace del hombre.



la relación con Dios que nos dejemos probar por Él, y dejemos que Él nos pida algo costoso, radical, humanamente imposible, como sólo Dios lo puede hacer. Mientras nosotros, a este respecto, nos ponemos en disposición de experimentar que para Dios todo es posible, incluso lo humanamente imposible. Sólo esta es la auténtica teología que crea una correspondiente espiritualidad de la vocación y de la sensibilidad vocacional.

Se debe tener cuidado, por tanto, con no favorecer aquella interpretación de la vocación como realización de nuestros deseos, como una atracción más o menos irresistible que el individuo advierte en su interior. Todo ello es banal y falso. Vemos muchas veces, en las Escrituras, que el llamado se opone, retrocede, quiere escapar, manifiesta una atracción bien diferente o, por lo menos, encuentra extraña la petición. Crear cultura vocacional significa purificar la idea de la relación con Dios y de la experiencia con lo divino. La vocación puede ser advertida sólo en el corazón que ha aprendido las impracticables vías del contacto con Dios. La auténtica llamada supone siempre una cierta lucha con Dios. El verdadero animador vocacional debe preparar para esta lucha.

c. *Conversión de la sensibilidad (teo-fanía)*

A través de la teofanía Dios se revela y el hombre hace una experiencia de Dios, o se hace experimentar de una manera más plena por el mismo Dios, porque ahora es más sensible al divino y a su obra.

Si queremos que sea así, o que el corazón advierta la llamada como una voz que viene de arriba y que debe ser acogida, a pesar de que suene rara al oído humano y excesivamente exigente con respecto a los gustos humanos, es necesario -incluso antes de planificar proyectos pastorales y pedagogías de intervención sobre el grupo- hacer un paciente trabajo con el individuo y con su mundo interior, un trabajo de *cambio de sensibilidad*. Aquí se debe intervenir, dado que la sensibilidad es el órgano de valoración que el hombre posee; lo que nos hace apreciar una cosa como bella o fea, buena o mala, moralmente lícita o no, atrayente o repelente, positiva o negativa. Cada uno de nosotros -nos recuerda la psicología- tiene la sensibilidad que se merece, la que se ha construido poco a poco a lo largo de su vida



y que sigue construyendo a través de sus elecciones de vida, incluso sin darse cuenta. La misma sensibilidad o conciencia vocacional es fruto de este trabajo y no algo que podemos dar por descontado o suponer como presente en todos. Éste es un trabajo que tiene mucho que ver con la espiritualidad. Ser hombre o mujer espiritual quiere decir ser persona que vive plenamente su propia sensibilidad humana, pero como sensibilidad creyente, convertida, espiritual, abierta no sólo intelectualmente a los contenidos teológicos de la vocación sino capaz también de sufrir y gozar de ellos, de vibrar frente a ellos, atenta con sentidos externos e internos a los muchos signos de la presencia de Dios; capaz de descubrir esta presencia incluso en el susurro de un viento ligero, libre de reconocer y contemplar la teofanía, como misterio que atrae y en el cual está escondido incluso el misterio del yo del hombre. El hombre o la mujer espiritual tiene los sentidos atentos, extremadamente vigilantes, con un umbral de la percepción bajo y una única tensión-atención. Es creyente que se siente constantemente llamado por Dios (a través de las mediaciones humanas), al interior de una teofanía cotidiana: ¡la vocación es esta teofanía⁹! Como una teofanía continua, “zarza ardiente”, que arde de una presencia divina constante, que hace oír una voz ininterrumpida, que sigue llamando, como misterio que no bastará una vida para descubrirlo (vuelve la idea de la vocación como llamada permanente, como formación permanente).

La animación vocacional, cualquiera que sea la vocación de referencia, debe necesariamente provocar una conversión de la sensibilidad, como un paso de la sensibilidad pagana o meramente humana a una sensibilidad que haga que el creyente sea capaz de usar sus propios sentidos en cuanto creyente, que sea capaz de “ver” a Dios, de ver con los ojos de Dios, que sea capaz de “oír” su voz y su palabra, de escucharla como la única palabra de verdad para nosotros, de conmovirse ante su amor. Hoy se oye decir que corremos el riesgo de “perder los sentidos”, o de perder cada vez más el componente o la connotación espiritual de los sentidos; en el nivel humano a causa de la excesiva estimulación o de la muy pobre alimentación de los mismos, y a un nivel cristiano porque nos arriesgamos cada vez más a tener ojos, oídos, manos, pies, corazón, incapaces de establecer

⁹ Como todas las llamadas en la Biblia.

un contacto con Dios y de hacernos sentir su dulcísima y terrible presencia en nuestra vida. Los jóvenes, en concreto, corren el riesgo de ser como dice el salmo: “tienen ojos, pero no ven; oídos, pero no oyen; boca y no hablan...”. Por ello, una animación vocacional inteligente significa también la recuperación de los sentidos humanos y de la sensibilidad humana y creyente. Para que el hombre aprenda a ver a Dios y oír aquella voz que no termina de llamarlo. Es claro que sólo un animador vocacional inteligente, con ojos, oídos, boca, muy activos, puede hacer este tipo de animación vocacional.

d. De la gratitud a la gratuidad, de la libertad a la responsabilidad (teo-patía)

La vocación, en todas sus fases, desde la búsqueda vocacional a la elección final, es siempre un acontecimiento de maduración humana. Acontecimiento que es necesario vivir intensamente para que sea evento también espiritual, que marque para siempre la relación con Dios y con los hombres. Haremos una breve referencia a los pasos centrales y decisivos del recorrido que conduce gradualmente a la decisión vocacional final, ya que son también etapas de crecimiento psicológico y espiritual. Esto es el punto que une la espiritualidad vocacional con la pedagogía vocacional.

- **El principio: la contemplación:**

Al principio está siempre el amor, el amor del Dios-que-llama y que -como hemos visto anteriormente- justamente por esto manifiesta su amor, interés, atención y cuidado por el hombre que es llamado. Uno, en efecto, llega a ser cristiano –se podría decir- cuando escucha las palabras del Padre hacia el Hijo (en el momento del Bautismo) como si estuvieran dirigidas a él: “Tú eres mi Hijo, el amado, el pre-dilecto (= amado desde siempre, antes de venir a la existencia); tú eres mi elegido (mi alegría)”. Cuando uno de nosotros siente dirigidas hacia él estas mismas palabras, goza y llora de alegría, allí nace el creyente, aquí está la sensibilidad típica del creyente. Aquí empieza también a venir a la luz el llamado, porque no se pueden escuchar esas palabras y retomar la vida de antes como si no hubiera pasado nada. Estamos diciendo que el primer paso para crear una sensibilidad vocacional es lo *contemplativo*. No puede haber vocación sin



contemplación. Cuanta más contemplación haya, tanto más el llamado cumplirá estos pasos neurálgicos y calificadores de la genuina llamada: de la gratitud a la gratuidad y, sobre todo, del amor recibido al amor donado. Éste es un paso del todo natural y que, sin embargo, se encuentra en la base de las elecciones vocacionales más comprometidas -aquellas en las que se pide una donación de sí mismo bastante radical, como las vocaciones de especial consagración-, y en las que uno puede tener la tentación de sentirse un poco héroe. No, la vocación no busca héroes; no hay ningún heroísmo en la respuesta vocacional. Hay simplemente que reconocer el amor recibido, o madurar una sensibilidad que haga descubrir al llamado que es *totalmente lógico y natural donarse y donar la propia vida a los demás, ya que la vida es un bien recibido que por su propia naturaleza tiende a convertirse en bien donado*. El joven debe entender, por tanto, que es libre de elegir su futuro, pero que no es libre de salir de esta lógica, de este nexo que une el bien recibido con el bien donado. No puede dejar esta lógica ya que si lo hiciera elegiría la infelicidad, se convertiría en un monstruo, en una falsificación de sí mismo. La verdadera libertad es, en cambio, la de sentirse *responsable* del enorme amor recibido, ya que nada -como nos recuerda la psicología- hace responsable como el amor, o como el saber que hemos sido amados. Tan responsables del amor recibido hasta tener el ánimo de ponerse frente al mal o al desamor que hay en el mundo, en todas sus formas, como para estar dispuestos a cargar sobre los hombros con un poco de este mal; o como para pensar en nuestra vida como en una respuesta (*“respon-sible”*) a éste; o como para hacer una elección vocacional en la cual uno no coloca en primer lugar la propia salvación, sino la de los otros, como hemos dicho antes. Lo importante es corroborar y subrayar ahora que no se trataría de una elección extraordinaria ni heroica, sino perfectamente coherente con la toma de consciencia del amor recibido de Dios, y no sólo de Dios, y por tanto se trataría también de una elección que no concierne una particular categoría vocacional, sino que todos deberían hacer, porque es una ley natural y universal, grabada en el corazón. Como *gramática* de la vida. Gramática y también algo más que la simple gramática.

• **De la gramática a la dramática**

Muy interesante y dramático, de hecho, es lo que dice Berdiaev, que imagina que el inicio y el fin de la historia de la humanidad están unidos por dos intervenciones inquisidoras de Dios en apariencia iguales, pero dirigidas a dos interlocutores diversos. Al principio la pregunta es dirigida a Caín, el fratricida, la personificación del mal, para preguntarle sobre Abel, la víctima inocente, como cuenta la Escritura y lo cual nos parece lógico. Al final, la misma pregunta es dirigida inesperadamente a Abel, y esto nos sorprende bastante, aunque tenga una lógica precisa en el pensamiento de Berdiaev. El pensador ruso, en efecto, sostiene que la consciencia moral se inicia con la pregunta-reproche dirigida a Caín, la expresión del mal, pero que se realiza después plenamente y madura cuando nos dejamos indagar por la misma interrogante dirigida a Abel, la parte buena de nosotros mismos: “Abel, ¿qué has hecho de tu hermano Caín?”¹⁰. Por muy raro que pueda parecer, podría ser una buena provocación vocacional: no sólo la consciencia moral, sino también la vocacional, podría nacer o ser iluminada por tal cuestión. Ésta da una tonalidad dramática a la vida y a la vida cristiana, y nos hace pasar de la teología y de la teofanía a la *teopatía*, la máxima expresión de la experiencia de Dios (activa y pasiva). En tres sentidos:

- Como un “*sufrir a Dios*”, o sus provocaciones, sus silencios.
- Como un sufrir “*como Dios*”, sufrir como Él sufre.
- Como un sufrir “*en y para aquellos en los cuales Dios sigue sufriendo*” hoy todavía.

Todo esto a imagen del Hijo Jesús, que en su pasión nos ha dado el más claro signo de este *pathos*. Ha sufrido al Padre y su ausencia y abandono. Ha sufrido también como Dios; si Dios –de hecho- sufre (tema objeto de discusión desde siempre), por cierto sufre como inocente, como Jesús en la cruz, como el Cordero inocente que ha reunido en sí *el mínimo posible de la culpa y el máximo posible de la pena*. Así nos ha presentado el punto más alto de la vocación cristiana:

¹⁰ N. Berdiaev, *De la destination de l'homme. Essai d'Ethique paradoxale*, Lausanne 1979, p.356. En otro pasaje de la misma obra: «Nuestro deber moral es el de aliviar el sufrimiento, tanto el del criminal como el del mayor pecador, ya que, en definitiva, ¿acaso no somos todos criminales y pecadores?» (p.251, la traducción y la cursiva es nuestra).



*hacer como él, o elegir su pascua, vivir una existencia pascual, dando la vida para los otros, para sentirse responsable de la salvación de los otros, sobretodo de los más lejanos y pobres de salvación (éste sería el tercer sentido de la teopatía)*¹¹.

Creo que una auténtica teología de las vocaciones debería llegar a ser una *teopatía vocacional*, quizás, todavía no escrita y por escribir. Éste podría ser objeto de reflexión en este congreso, como reacción a aquella pastoral del bienestar psicológico o del estetismo pseudo-espiritual o del interés espiritual meramente individual que, por definición, es pastoral anti-vocacional. Creo que América Latina tiene mucho que decir y enseñar sobre esto a la Iglesia entera; la América Latina de los profetas y mártires que han dado la vida por la Iglesia, que han sufrido a Dios y como Dios, en aquellos en los cuales Dios sigue sufriendo hoy.

Así como estoy seguro de que el hacer hincapié sobre la dimensión dramática de la propuesta cristiana sobre la responsabilidad que está unida a la fe implicaría, antes que nada, una presentación más convincente y eficaz, más actual y moderna del cristianismo, y terminaría también por suscitar mayores adhesiones vocacionales. Pensemos, por ejemplo, en la necesidad -que aquí creo particularmente viva- de jóvenes creyentes que, exactamente con esta sensibilidad vocacional, puedan madurar una decisión vocacional de compromiso en lo social o en lo político, como gesto de responsabilidad frente a los otros, por tanto como creyentes (y no por la carrera, el dinero, la fama o el bienestar individual). Pensemos también como la misma vocación presbiteral o religiosa podría asumir un nuevo impulso vocacional (y también de purificación) de este ideal de la responsabilidad moral para los otros, como salvación por alcanzar no para sí, sino para el mundo.

¹¹ Es significativa la reacción de Jesús en la cruz ante las provocaciones de la muchedumbre ("si eres el Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y desciende de la cruz"): ellos no sabían que Jesús no estaba preocupado por su salvación, sino por la de los demás. Por esto no desciende de la cruz, ante el desafío de los soldados y uno de los ladrones, porque su preocupación es la salvación de todos, también la de ellos y de la humanidad que le es hostil.



**e. *El máximo de la relación espiritual:
la confianza de la obediencia***

Finalmente, la sensibilidad vocacional es un elemento psicológico que está determinado por una experiencia que no es sólo psicológica. Es la experiencia de la fe, y de esa fe que está hecha de confianza, de la visión del rostro de Dios, de certeza de poder fiarse en Él, de abandono, de rendición. Hasta el punto de decir sí a su llamada. No por cálculo o por interés personal, no por miedo o por comodidad, no para agradar a alguien, ni siquiera a nosotros mismos, sino únicamente por amor, ese amor que se expresa en la entrega de uno mismo al otro, en la confianza plena. La confianza es, en efecto, ese espacio -en cualquier proceso de decisión y aún más en el vocacional- que no puede estar condicionado por el cálculo¹². El cálculo, en este sentido, es lo contrario de la fe y no lleva al conocimiento de Dios; por consecuencia, quien calcula, difícilmente podrá acoger la propuesta vocacional que viene de arriba.

Por otra parte, y como ya hemos dicho, en el evento vocacional Dios y el hombre se revelan recíprocamente; la propuesta vocacional que viene de Dios es la condición ideal y al mismo tiempo el desafío para el acto de fe por parte del hombre. Nunca como en este momento se encuentra éste ante una alternativa tan drástica: el cálculo o la confianza o, podemos decir, la decisión sólo humana o la típicamente cristiana. Con una contraposición un poco forzada y quizás demasiado simplificada, podemos afirmar que la primera pretende ser segura y los costos son mínimos y la segunda, por su propia naturaleza, es de alto riesgo y de altos costos. La humana es precisa y clara y la cristiana es precisa, sí, pero nunca del todo clara. Además, la elección humana se puede rever y es reversible, mientras que la cristiana es definitiva y fiel, pero de una fidelidad creativa. Sobre todo, la decisión humana es calculada y la del creyente confiada, llena de confianza, justamente porque significa entrega total a Dios, el cual propone siempre al hombre algo que se encuentra más allá de sus capacidades, como nos cuentan todas las llamadas bíblicas. Por tanto, volvamos a decir que la animación vocacional es esencialmente

¹² Cf. CENCINI, A. "Me fio..., luego decido". Educar en la confianza para la elección vocacional, 2010, pp. 56-66.



educación en la fe y formación del acto de fe. Camina por los mismos trayectos pastorales del crecimiento en la fe; es más, la animación vocacional forma parte esencial del acto creyente, lo acompaña en su génesis, y es su expresión final y cumplida. Educar en la fe en el acompañamiento vocacional quiere decir formar una *sensibilidad confiada*, tanto que conduce a una persona a hacer una elección de vida basada no sólo sobre sus capacidades o sus músculos, en sus gustos y tendencias naturales ni, mucho menos, en la previsión del propio éxito o realización personal, sino sobre el puro hecho de que “eres tú quien me llama, que me amas, y eres tú el que me abre este camino. No tiene sentido entonces que yo calcule y verifique lo que seré capaz de hacer, y lo único sensato es entregarme a ti, entregarte mi vida y mi futuro, creer que *el imposible humano puede convertirse en el posible divino*”.

La misma pregunta que hemos planteado al final de un párrafo anterior la podemos y debemos plantear aquí: ¿existe en la Iglesia una sensibilidad vocacional como ésta que hemos descrito, hasta el punto de determinar una espiritualidad vocacional? Algunos se sorprenden incluso por la expresión, o encuentran rara la conexión entre sensibilidad y espiritualidad. Está claro que la ausencia de la espiritualidad-sensibilidad vocacional haría inútil o débil también la armazón teológica, aunque esté bien definida, y también toda la eventual pastoral que se pretendiese hacer.